

## **Tercera carta abierta al pueblo de Maranatha**

(Maranatha, casa de misericordia)

A muchas personas se les está haciendo un poco largo el conflicto que hoy en día nos enfrenta en Maranatha. Quisieran solucionarlo y volver a la tranquilidad cuanto antes. Consideran que eso es lo más acorde con la voluntad del Señor. Yo discrepo de esa opinión y no veo bien las premuras en solucionar divergencias de este tipo. No estamos delante de un enfrentamiento cuantitativo, como es el caso de una herencia, sino cualitativo, como sería hablar sobre la belleza de un color. Esto requiere tiempo y más en nuestro caso, donde las cualidades son de alto grado porque hablamos de temas espirituales. No se trata, pues, de conceder méritos a unos en detrimento de los otros, cosa que nos asemejaría a la discrepancia cuantitativa, sino de profundizar por parte de los unos y de los otros. Un conflicto espiritual no se resuelve en el mismo plano en el que se originó, ni tampoco negociando o dando una partecica a cada contendiente, sino profundizando en los temas en los que se discrepa.

El desacuerdo, en nuestro caso, nos obliga a ahondar para ver con nueva luz las raíces profundas que en otro tiempo nos dieron vida en unidad y paz. Las cualidades pueden crecer con una mayor radicación en el sujeto; un color puede intensificarse. Las raíces espirituales siempre podrán arraigar más en nuestro corazón. Debemos penetrar en lo íntimo de nuestra identidad. Es cuestión de buena voluntad. No hemos perdido la casa común. En un matrimonio que se separa uno se queda en la casa y el otro se va pero ambos quedan exiliados, sin hogar. No es ese ni de lejos nuestro caso ni debería serlo nunca. Por eso, es necesario superar la descalificación y cualquier reacción visceral y buscar la profundidad de la experiencia y de la teología que un día nos mantenía unidos sin contratiempos.

Es cierto que los problemas no se arreglan por sí solos. Tampoco el tiempo soluciona ciertos antagonismos y heridas; quizás los anestesia pero cuando reviven brotan tal cual estaban. Los cariños y rechazos, las fobias y las filias son tozudos, permanecen de por vida. Sólo la verdad puede con

las desavenencias. La verdad en Dios es un atributo; en los hombres, sin embargo, es una actitud, una búsqueda, un deseo de comunión. La verdad en Maranatha sólo la podemos personificar en Jesús, el Señor resucitado. Eso es lo que se nos anunció al principio. El camino para llegar a él es la acción del Espíritu Santo mediante una comunidad regida por los dones y los carismas con los que nos conduce dicho Espíritu. Por eso, para nosotros la verdad consiste en abrirnos a los carismas y a la acción del Espíritu. Otras gentes tacharán esta postura de alienación escapista y espiritualista; para nosotros, que la hemos experimentado, es una verdad de la que no podemos abdicar.

La base de nuestra realidad profética se afinca ahí. Hemos nacido para ello. Es un punto de nieve difícil de conseguir y de mantener que Pablo VI calificó como flor delicada. Puede ser fácilmente traicionada con burdas mediaciones humanas que siempre terminan diciéndole al Espíritu lo que tiene que hacer. Por eso, entre nosotros, cualquiera que acepte una representación o un cargo debe hacerlo con actitud de profunda pobreza y despego para no robarle la gloria a Dios ni apropiarse de la acción divina. No debe arredrarnos el aceptar tales compromisos porque el Señor lo hace todo y nos conduce fácilmente mientras mantengamos la sencillez del corazón. Al sencillo no le espera ningún juicio tremendo porque no ha interferido la acción de Dios aunque lo haya hecho mal. A Dios sólo le estorba el endurecimiento del corazón.

\*\*\*\*\*

Hay personas en Maranatha a las que no me es fácil llegar, aunque sí lo desearía. No sé cómo está su corazón. Entre el grupo de gente con el que tengo más confianza veo que las posturas se radicalizan pero van perdiendo encono. El sufrimiento es real y nadie quiere aumentarlo con rencores o posturas irreconciliables. La radicalización va en la línea de la claridad, es decir, cada vez se van haciendo más claras ciertas cosas que no se pueden permitir o, al menos, de las que nos debemos precaver. La dureza del principio va dejando fluir cierto tono lúdico al hablar de los enfrentamientos. Acerté a escuchar la conversación de dos mujeres:

*-¿Debo de ir a Maranatha este miércoles?*

*-Tú sabrás, contestó la otra, haz lo que tengas que hacer.*

*-No, mujer, me refiero a lo de la guerra santa. ¿Crees que se necesita mi presencia?*

Saliendo de casa me cruzo en la acera con otra mujer. Me dice:

*-Tengo un problema el miércoles: a la hora de Maranatha me coincide el taichí.*

*-Y ¿qué pasa? contesté. Vete tranquila a tu gimnasia.*

*-Ya, pero me parece que soy una desertora habiendo tanto jaleo.*

*-No te preocupes, esta guerra no es nuestra. No hay enemigos que vencer. Es un paso del Señor y, queramos o no queramos, va a pasar.*

Noto y doy gracias a Dios de que, en la gente más cercana a mí, no hay rencor ni ajuste de cuentas ni deseos de venganza al hablar de este contencioso, pese a los gritos y gestos. Me gustaría que todos los corazones de Maranatha lo vivieran así. Yo veo esto como un signo muy claro de que Dios está en ello, de que nos quiere en conflicto, de que lo necesitamos. El remover de las aguas nos obliga a replantearnos todas las cosas, a optar de nuevo, a renovar nuestra entrega en pobreza. Fuimos elegidos pobres y sin ningún merito ni medalla ni galón. El tiempo de servicio no se paga con condecoraciones sino con más humildad y desprendimiento, sabiendo que el que persevera en nosotros es sólo él. Los contenidos que iniciaron esta contienda son muy reales y la fidelidad al Señor y a lo que se nos transmitió desde el principio prima sobre cualquier otra consideración. Me tranquiliza que no veo en la gente que más conozco deseos de poder. Mi misma implicación hasta la muerte en este contencioso no nace de mi carne sino que me es impuesta. Se trata de Maranatha, la casa común. La identidad de Maranatha es sagrada y cada uno debe defenderla tal como la entienda con toda la fuerza y el coraje. Ninguna de las partes va a triunfar ni nadie sabe cómo van a terminar las cosas. El futuro le pertenece al Señor.

Eso sí, lo importante es no defendernos a nosotros mismos ni nuestros puestos ni pareceres. Si estamos en un conflicto serio que divide al pueblo por la mitad es que había mucho de falso en nuestras pretensiones. Maranatha no debía ser tan importante ni había tanta fuerza y tanta alabanza como presumíamos. Mejor dicho, sí la había, pero muy mezclada con cosas nuestras de modo que todo ello hubiera terminado en la soberbia de Luzbel si el Señor no nos pone en contienda. El pasado no nos debe servir de modelo ya que ha sido ilegitimado por el conflicto. Debe ser el futuro el que lo haga; eso sí, en fidelidad a lo esencial que se nos dio. Acabo de decir Misa y en la oblata, junto al pan y el vino, he colocado esta carta y a todo Maranatha. He pedido para que dé paciencia a todos los que tienen tanta prisa en solucionar nuestros problemas. Dejemos tiempo para que Dios nos revele a fondo nuestro pecado. Dejemos trabajar al Espíritu Santo. No cerremos en falso las discrepancias como si no pasara nada. ¿O es que hay algunos que piensan que no pasa nada, que sólo se trata de una

rabieta infantil de unos cuantos? Sería una falta de realismo y un exceso de soberbia.

\*\*\*\*\*

Si he de decir la verdad, quizás no sea ésta la última carta que escriba. Siento como una llamada y un deber personal comunicar a otros lo que a mí me ha dado vida en mi larga trayectoria de treinta y tantos años en Maranatha. El lema y el deber de un dominico es contemplar y dar a los demás lo contemplado. Creo que el que lo pueda hacer, sea quien sea, debería hacerlo. Al menos yo me empiezo a sentir llamado a ello. No es que vaya a publicar muchas más cartas, no os asustéis, pero sí a escribirlas, alejándome cada vez más del contencioso actual y yendo más al fondo. Hasta ahora no se me había ocurrido esta posibilidad, pero ahora me está urgiendo y creo que puede ser el Señor el que me está motivando. Es bueno que la gran tradición de este pueblo se ponga por escrito y no sólo desde el punto de vista de una persona sino de muchas. La honda espiritualidad de nuestro grupo no puede estar sujeta al capricho o veleidad o simple buena voluntad del equipo de discernimiento de turno. Nosotros no somos gente que confiemos nuestra verdad a unos estatutos o normas pero sí a una buena teología nacida de nuestra propia experiencia y contrastada por más de un punto de vista, según el Señor vaya concediendo carismas para poder formularla. Por lo que a mí respecta, me estoy sintiendo llamado a ello aunque lo oro y lo pongo delante del Señor con toda humildad porque no me apetece nada hacer algo semejante desde mí. Si ha de ser, que sea sólo desde el Señor. Además no tengo ningún interés personal en ello. Mi interés es Jesucristo y su obra en este pueblo. Pienso que Maranatha es un lugar de santidad aunque podemos dar al traste con esta vocación por nuestra dureza de corazón. Hasta ahora ha sido una fábrica de santos, cosa que he percibido, entre otros momentos, en la muerte de muchos de nuestros hermanos. En el desenlace se conoce al hombre y cobra sentido toda su vida.

Un viejo sacerdote, si lucha por las cosas de Dios, tiene ya muy claro cuáles son sus intereses, tal vez sus únicos intereses. Los halagos del mundo y de la vida ya han pasado. Le queda sólo Jesucristo y a él le consagra sus fuerzas, las que le queden. Yo, al menos, me siento así. Si estoy luchando en Maranatha es porque he sentido, desde hace tiempo, que nos estaba invadiendo la rebaja, el tedio y la carcoma espiritual, la endeblesz y la flojera. El crecimiento espiritual que cristaliza en una muerte santa sólo se da cuando se vive la gratuidad a tope; cuando la alabanza a Dios, por ser quien es, unge nuestra alma; cuando se siente, de parte de todos y sin fisuras, la felicidad de pertenecer a un mismo pueblo. Pero esto no se

sostiene cuando falta el kerigma, cuando prima una reflexión, una predicación y un testimonio *light* y moralista, cuando el interés básico es catequizar y formar a la gente. Maranatha no es primariamente una comunidad de formación sino profética, que habla palabra del Señor. En Maranatha los cursillos y la catequesis sólo pueden servir de apoyo, lo nuestro es la profecía y el kerigma. Nuestra desgracia y degradación sería tratar de imitar a Jesucristo cuando se nos ha revelado como don, como le decía San Agustín a Pelagio: “Tu tragedia, Pelagio, es proponer a Jesucristo como modelo cuando se nos ha dado como don”.

Hace poco regalé a una misionera un libro que acabo de escribir sobre Concepción Andreu para que lo leyera en el avión de vuelta a su misión. Fue capaz de terminarlo porque me quiere mucho. Me escribió un meil en que me daba su opinión. No fue capaz de superar la anécdota y llegar al don. Para ella, esa mujer era una buena mujer a la misma altura de tantas ancianas como hay por nuestros pueblos, que pueden ser calificadas como ejemplo, modelo, un patrón de comportamiento. La entendió al estilo de Pelagio, no al de Agustín. Maranatha es un pueblo elevado a la categoría del don con peligro, según iban las cosas, de volver al patrón del comportamiento. La gratuidad que supera al comportamiento sólo es posible al nivel del don porque es un regalo, es una gracia, es una bella capacidad que nos hace relacionarnos con Dios desde Dios, no desde nuestro esfuerzo. En Maranatha nos hemos relacionado siempre con Dios desde el don recibido en la Efusión, no desde nosotros y desde nuestras cualidades y comportamientos. Yo sé que es imposible entender esto para uno que no lo haya experimentado, pero en Maranatha debería sernos muy claro. Otro compañero dominico me dijo hablando del mismo libro: “Es un libro magnífico pero sobra la protagonista”.

El amor a Maranatha no puede, pues, ser platónico sino enraizado en nuestra propia entraña, amando lo que el Señor nos ha regalado, lo que somos y nos constituye, nuestra propia identidad. El discurso en Maranatha no puede basarse en ideas teológicas generales: tenemos un nivel, tenemos espiritualidad propia, hay un designio de Dios sobre nosotros. Desconocer esto es no amar a este pueblo, desvirtuarlo y desidentificarlo. Hemos llegado a tal extremo que ahondar en nuestro carisma, predicar lo que se nos ha dado, ha llegado a molestar a algunos sectores. Todavía hay alguna homilía por ahí secuestrada. Y, claro está, nos hemos quedado sin predicación en cumplimiento de una profecía que se nos ha dado. ¿Quién ha prohibido la predicación en Maranatha? ¿Está muerta? Pues bien, se ha debido morir ella sola.

Dios no va a permitir más insubstancialidades. Cuando Dios elige a un pueblo de bendición lo corrige severamente si se desvía, como le sucedía a Israel. No hay por qué extrañarse del castigo que se ha abatido sobre nuestro pueblo. Lo tenemos bien merecido, unos por inducir y otros por consentir, si bien es verdad que no hay por qué achacar a nadie malicia calculada. Los hilos inconscientes de la historia los lleva el Señor. La culpa actual no tiene por qué no ser feliz, como dice la Liturgia, y servirá para nuestro progreso y claridad. Somos demasiado pobres para ser muy malos; la malicia sólo puede llegar con la obstinación en la que se van haciendo conscientes las posturas y puede engendrarse el misterio de la iniquidad, algo que, según mi opinión, está muy lejos de nosotros.

\*\*\*\*\*

El contencioso despertado en Maranatha nos ha desnudado a todos. Ha revelado y puesto a la luz el secreto de nuestros corazones. En la quietud y tranquilidad se camuflan muchas actitudes bajo diversas máscaras. El conflicto nos ha obligado a optar y a quitarnos las caretas detrás de las que actuábamos. Existen tres posturas, a mi parecer: la de los que han dado la voz de alerta, la de los que permanecen anclados en su irrealismo y la de los que quieren ser neutrales y no se mojan, echando balones fuera o no implicándose. Los tres grupos funcionan desde el pecado. Dios nos encierra a todos en el pecado para tener misericordia de todos en el Maranatha del mañana. El que no crea que funciona desde el pecado se está excluyendo a sí mismo del Maranatha futuro.

Una de las grandes intuiciones de la espiritualidad de Maranatha es la de la fecundidad del pecado iluminado por el Espíritu Santo. El sentirse pecador es condición *sine qua non* para poder acoger la misericordia. Maranatha es casa de misericordia. Su pueblo ha vivido siempre de la acogida de la misericordia cotidiana del Señor. Me emociona, al escribir esto, el recuerdo de tantos hermanos que han proclamado esta actitud hasta la muerte. Somos un pueblo de gratuidad, pero de gratuidad misericordiosa. El Espíritu Santo, al iluminar nuestro pecado, no ejerce sobre nosotros una función delatadora y culpabilizadora sino misericordiosa.

Por eso, el pecado iluminado es hambre de Dios, humildad profunda, agradecimiento por el perdón, deseo de su misericordia diaria, comunión en las debilidades. Nuestro pueblo nunca ha querido sostenerse en sí mismo, en sus virtudes o en su organización sino en la misericordia que nos alimenta cada minuto. Por eso no debe escandalizarnos el conflicto ni nuestro pecado ni el pecado del hermano. Habitamos una casa de misericordia. Maranatha siempre ha sido un pueblo de salvados en el que el

pecado ha tenido poca importancia porque hemos sabido vivir a “costa de Jesucristo”, como decía Pedro Reyer. Él ha cargado con nuestras culpas.

Decía una hermana a Julio Figar: “No te empeñes en no salir del sepulcro, nunca caigas en pensar que el día que comienza en cada amanecer es un día que ya conoces o es un día rutinario; eso es mentira, es dejar que el dueño de tu vida sea un hombre viejo que ya ha muerto. Igual de necio es vestirse cada día con el peso de las propias culpas y miserias y encerrarse en el sepulcro sin reconocer que nuestro Dios es generoso y misericordioso, sin abrir los ojos a la verdad, cegándonos por necesidad sin ver que estamos desnudos y limpios por la sangre de Jesús que trae el perdón de los pecados.

Cada día es un día nuevo en que el Señor nos da Vida nueva que él modela y teje. Cada amanecer trae la esperanza de un nuevo trabajo del Señor en su barro. Él se gozará en el barro que modela y este en el dueño; no juzgues su obra ni ignores ni desperdicies la vida nueva de cada día, y no te vistas con algo muerto como es el peso de tus culpas ya perdonadas en Cristo. Verás cómo el Señor te renueva cada día, hermano mío”.

Que nadie, pues, se ahogue en el sepulcro de la actual discordia ni la viva desde el pecado sin remisión. Que confíe plenamente en que el Señor, con esta disensión, trabaja actualmente nuestro barro. El conflicto es la manera con la que Dios nos está amando ahora mismo. A todos, sin excluir ni uno solo. Debemos, no obstante, ser muy realistas y denunciarnos también en serio a nosotros mismos. Mi pecado y el de mi hermano deben producirme misericordia porque habito en una casa de misericordia. Cuando nos molesta el pecado del hermano es porque nos vemos reflejados en él. A los santos el pecado de los demás les producía misericordia. Si el Espíritu Santo ilumina el pecado y ese pecado sigue produciéndonos ira es que algo oculto y muy opaco nos habita todavía. Desde ahí no contribuiremos mucho a la solución de lo que nos oprime actualmente.

La misericordia es, pues, la prueba del nueve y, a la vez, alta demostración de gratuidad. En efecto, cuando estábamos bien y nos queríamos nos considerábamos todos salvados en gratuidad. Ahora, estamos en lucha, ¿es posible que, de repente, algunos se estén condenando? ¿Ha dejado Jesucristo de cargar con sus culpas porque estén en conflicto? ¿Se ha esfumado la gratuidad para los adversarios? Si nos produce ira el pecado del hermano y el empecinamiento en sus posturas es que no hemos creído nunca en la gratuidad de su salvación y, por lo tanto, difícilmente en la nuestra. Debemos decirnos las cosas muy claras porque debemos de tratar por encima de todo de salvar la obra del Señor en

Maranatha pero sin olvidar aquello de que el dardo debe de ir contra el pecado, no contra el pecador.

En una casa de misericordia, ¿qué tenemos que no estemos recibiendo? Si nos apropiamos de algo y lo hacemos nuestro, destruimos los cimientos de la casa. Entre otras cosas no puedo apropiarme del pecado del hermano para juzgarlo y destrozarlo. No sé la experiencia que tendréis cada uno de esto. La mía no es demasiado buena. Cuando era joven critiqué mucho a la Iglesia. Es cierto que tenía razón en muchas cosas porque, de hecho, el Concilio las cambió; sin embargo, la razón no me vale. Yo lo hacía desde la obstinación y el engrimiento racional hasta el punto de que, en ocasiones, sentía el impulso de abandonar la fe y a la Iglesia. Más tarde, gracias sobre todo a la Renovación, entendí la falsedad de mi postura, por más que tuviera razón. Cuando el Espíritu Santo me iluminó me di cuenta de que la Iglesia era un club de pecadores sobre los que se ejercía una inmensa misericordia sólo por el hecho de ser llamados a estar allí, y el primero entre todos era yo. De esa forma descubrí el veneno de mi racionalismo y cesó la crítica, cambiándola por una oración que me salía desde otro corazón. Antes quería abandonar a la Iglesia, ahora rezaba: “Señor, que tu Iglesia no me abandone a mí”. Maranatha es una casa de misericordia donde todos los que estamos hemos sido llamados desde el pecado. Pues bien ¿qué es lo que puedo yo exigir? Lo único que puedo exigir es que nadie la destruya como casa de misericordia.

\*\*\*\*\*

No es esta la primera vez que Maranatha se encuentra inmersa en un conflicto semejante al actual. En la primavera de 1980 hubo otro, en algún sentido más virulento que éste, en el que fui protagonista contra mi deseo y contra cualquiera de mis intereses. Fue aquel un enfrentamiento adolescente y pasional ya que Maranatha sólo llevaba seis años de existencia. Más virulento, digo, porque las descalificaciones llegaron a producirse algunas veces dentro de la propia oración apostrofándose los unos a los otros. “Eso no es palabra de Dios”, se dijo a gritos después de alguna profecía. “Esa oración es un insulto”, se decía otras veces. Los que no pertenecíamos a ningún bando ni conocíamos la raíz del enfrentamiento asistíamos asombrados a tales dialécticas.

Lo que más nos escandalizó fue que en la contienda se hallaban implicados algunos de los que iniciaron Maranatha, a los que se les veneraba y se les miraba con una especial consideración por ser algo así como fundadores y padres del grupo y casi de la Renovación en España. El caso es que las posturas se iban enconando y no se hallaba ninguna



solución. Después de Pascua hubo un retiro al que fue invitada nada menos que la Comunidad Emmanuel de París. Se trataba de que vinieran algunos hermanos franceses y discernieran y arreglaran la situación. En efecto vinieron tres o cuatro hermanos de París con Hervé Marie Cattá a la cabeza, líder, como se decía entonces, de dicha Comunidad Emmanuel. Tanto el retiro como la venida de los franceses resultaron inútiles; después de la marcha de estos el enfrentamiento siguió a tope.

Como no se veía traza alguna de solución, los dirigentes o equipo de servidores, como se decía entonces, de Maranatha, le entregaron el problema a la Coordinadora nacional para que se encargara de solucionar el contencioso. Aquel verano se celebró la cuarta asamblea nacional en El Escorial y, estando allí, preocupado porque era la primera vez que tenía que dar una charla en una asamblea nacional, fue cuando Javier Quincoces, miembro de la Coordinadora nacional, me llamó para que me entrevistara con dicha Coordinadora. Así sucedió y el resultado fue que me tuve que encargar de Maranatha, con el título de Pastor.

Pasado el verano, el tercer miércoles de septiembre, convoqué a todos los integrantes tanto del equipo de servidores como de los ministerios de Maranatha a una reunión antes del grupo de oración. Nos juntamos como unas sesenta personas. Lo único que les dije, obedeciendo órdenes, es que estaban todos cesados y los ministerios suprimidos. Fue un trance muy duro para mí y minutos después, cuando tuve que llevar la oración y dar la charla, me sentía nervioso. La verdad es que todo el mundo obedeció y, aunque después hubo sus más y sus menos, no se volvió a alterar el orden. Evidentemente allá en el fondo de cada bando latía la esperanza de que la Coordinadora nacional les hubiera dado la razón.

Sin embargo, no fue así. Entré yo, que era un hombre nuevo nacido en Maranatha pero formado con el carisma de Maranatha y el de la Rosa de Sarón. Al desaparecer de la primera fila los maestros y fundadores, el enfoque, incluso teológico, sufrió cierta variación, comenzando a escucharse en el grupo un discurso fuerte de gratuidad que antes ya existía, porque la Renovación lo lleva en la entraña, pero que no había sido formulado. Digo de la primera fila porque la mayoría de los implicados en la contienda quedaron en su pueblo, al que amaban, ocupando un lugar sencillo como cualquier otro miembro.

Saco a colación este episodio para que nadie se escandalice de lo que nos pasa actualmente. Cuando se entra en situaciones de semejante emergencia es porque el Señor lo quiere o, al menos, lo aprovecha. En la vida espiritual las crisis son imprescindibles para llegar a un crecimiento

sostenido. La Renovación es un pueblo de místicos y, por lo mismo, tanto a nivel comunitario como personal tenemos que pasar por las noches del sentido y del espíritu y por todas las que se necesiten para el cumplimiento de nuestra misión, que sólo el Señor conoce.

No hay que perder, por tanto, el sentido de la fe en este tenso momento actual que se vive en nuestro pueblo. En aquel entonces, hace casi treinta años, el hecho de cambiar las personas solucionó el tema. Actualmente creo que los contenidos de discusión objetivamente son más profundos pero también funcionan demasiadas heridas y elementos inconscientes. Como decía Nietzsche: “humano, demasiado humano”. Nos lamemos nuestros propios rasguños producidos la mayoría de las veces no precisamente en Maranatha sino en nuestra vida social y familiar. Proyectamos sobre el grupo los fracasos y carencias personales y buscamos en él lo que no nos debe dar, ya que el Espíritu Santo lo ha creado para que encontremos primariamente a Jesucristo y sólo en segundo lugar solaz para nuestras penas. La sociología de la Renovación es muy complicada, hay mucho fracasado entre nosotros, cosa que no está mal porque el Señor está cerca de los pobres. Pero esto, mejor para otro día.

*Abril 2009*  
*Chus Villarroel, O. P.*